

Bossuet, Descartes, Fenelon, Malebranche, Labruyère, partían aún del dogma; para cualquiera que sepa leer, es claro que su juicio estaba formado anticipadamente. La religión les daba una teoría acabada del mundo moral; según esta teoría latente ó expresa, describían al hombre y amoldaban sus observaciones al tipo preconcebido. Los escritores del siglo XVIII derriban este procedimiento: es del hombre de quien hablan, del hombre observable y de lo inmediato á él; á sus ojos, las conclusiones



MONTESQUIEU

cia se convierten en ciencias. En historia, todos los cimientos sobre los cuales hoy edificamos están colocados. Compárense el *Discurso* de Bossuet sobre la *Historia universal* y el *Ensayo* de Voltaire sobre las costumbres, y se verá inmediatamente cuán nuevos y profundos son estos cimientos. Por de pronto, la crítica halló su principio; considerando que las leyes de la naturaleza son universales é inmutables, deduce de esto la consecuencia de que en el mundo moral lo propio que en lo físico nada claudica y que ninguna intervención arbitraria ó extraña va á perturbar el curso regular de las cosas, lo cual da un medio seguro de distinguir el mito de la verdad. Por esta razón se leen en el *Ensayo sobre las costumbres* ya citado, y en su capítulo CXLVII, que «un lector inteligente conocerá fácilmente que no debe creer sino los grandes hechos que tengan alguna verosimilitud, y mirar con lástima todas las fábulas con

sobre el alma, sobre su origen y su destino, no deben venir hasta después y dependen por completo del resultado, no de la revelación sino de la observación. Las ciencias morales se separan de la teología y se adhieren como una adición á las ciencias físicas.

III

En virtud de esta separación y de esta adheren-

que el fanatismo, el espíritu novelesco y la credulidad han recargado la escena del mundo en todo tiempo.» De esta máxima nace la explicación bíblica, no sólo la que da Voltaire sino también la que se dará más tarde. Mientras tanto, recorre increíblemente los anales de todos los pueblos, disiente y excomulga con ligereza, con sobrada velocidad, con exceso, sobre todo, cuando se trata de los antiguos, porque su excursión histórica no es más que un viaje de reconocimiento, pero con un golpe de vista tan certero, que de ni somero mapa podemos conservar casi todos sus contornos. El hombre primitivo, no fué pues, un sér superior, inspirado de lo alto, sino un salvaje tosco, desnudo, miserable, lento en su crecimiento, tardó en su progreso, el más desprovisto y necesitado de todos los animales, sociable á consecuencia de esto mismo, nacido como la abeja y el castor, con el instinto de vivir acompaña-

do, imitador como el mono, pero más inteligente, susceptible de pasar por grados desde el lenguaje de los gestos al lenguaje articulado, y habiendo empujado por un idioma monosilábico que poco á

poco se enriqueció, precisó y matizó. En el *Tratado de metafísica*, cap. I, se ve muy claramente practicado este nuevo método filosófico, cuando leemos las siguientes palabras: «Bajado á este pequeño



CONDORCET

montón de barro, y no teniendo del hombre más noción que la que este tiene de los habitantes de Marte ó de Júpiter, desembarcó en las costas del Océano, en Cafería, y ante todo, empiezo por buscar un hombre. Veo monos, elefantes y negros, todos los cuales pareceme tienen algún destello de una razón imperfecta.»

Mas para alcanzar aquel primitivo lenguaje ¡cuán-

tos siglos! ¡Cuántos otros después para el invento de las industrias más necesarias, el uso del fuego, la fabricación de las «hachas de sílice y de jade,» la fundición y afinación de metales, la domesticación de los animales, el cultivo y mejora de las plantas comestibles, para el establecimiento de las primeras sociedades duraderas y dotadas de policía, y para descubrir la escritura, los guarismos y los períodos

astronómicos! (1) Sólo entonces, tras un crepúsculo de una prolongación enorme é indefinida, se ve en Caldea y en China comenzar la historia cierta y fechada. Hay cinco ó seis de estos grandes centros independientes de civilización espontánea, China, Babilonia, la antigua Persia, la India, Egipto, Fenicia, los dos imperios de América. Recojamos sus restos, leamos los de sus libros que han subsistido y que los viajeros nos traen, los cinco Kings de los chinos, los Vedas de los indios, el Zend-Avesta de los antiguos persas, y en ellos encontraremos religiones morales, filosofías, instituciones tan dignas de atención como las nuestras. Aún hoy día, tres de esos códigos, los de la India, de la China y de los musulmanes, rigen comarcas tan vastas como Europa y pueblos que valen mucho. No vamos como Bossuet á «olvidar el universo en una historia universal,» y á subordinar el género humano á un pequeño pueblo confinado á un cantón pedregoso junto al mar Muerto, pues, como dice en las *notas al Ensayo sobre las costumbres*, «puede hablarse de este pueblo en teología, pero no merece gran atención á la historia.» La historia humana es como lo demás, una cosa natural; su dirección la recibe de sus elementos; no hay fuerza exterior que la conduzca sino que la forman fuerzas interiores; no se dirige á un objeto, va á parar á un efecto. Y este efecto principal es el progreso del espíritu humano. «En medio de tantos saqueos y destrucciones, vemos un amor al orden que anima secretamente al género humano y que ha impedido su ruína total. Es este uno de los resortes de la naturaleza que siempre recobra su fuerza; él es quien ha formado el código de las naciones; por él es por el que se reverencian la ley y sus ministros en el Tonquin y en la isla Formosa lo mismo que en Roma.» Así, pues, hay en el hombre «un principio de razón,» es decir, un «instinto de mecánica» que les sugiere las ideas útiles, razón por la cual, sin duda, definió Franklin al hombre, diciendo que es «un animal que hace herramientas,» y un instinto de justicia que le sugiere las ideas morales. Estos dos instintos forman parte de su constitución, los tiene de nacimiento «como las aves sus plumas y como el oso su piel.» Y consiste ello en que es perfectible por naturaleza y no hace más que conformarse con ella cuando mejora su espíritu y su condición. El salvaje, «el

(1) *Introducción al Ensayo sobre las costumbres: De los salvajes.*—Buffon, *Épocas de la naturaleza*, séptima época. Sobre el mejoramiento de las especies útiles, anuncia con anticipación las ideas de Darwin.

brasileño, es animal que no ha alcanzado aún el complemento de su especie; es una larva encerrada en su capullo y que no llegará á mariposa hasta dentro de algunos siglos.» Llevad esta idea más allá con Turgot y Condorcet en el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, de este último y por entre las exageraciones, veréis nacer antes de finir el siglo, nuestra teoría moderna del progreso, la que funda todas nuestras esperanzas en el adelanto indefinido de las ciencias, en el aumento del bienestar que los descubrimientos aplicados llevan incesantemente á la condición humana y sobre el crecimiento del buen sentido que sus descubrimientos vulgarizados deponen lentamente en el espíritu humano.

Falta sentar un segundo principio para terminar los cimientos de la historia. Descubierta por Montesquieu, aún hoy nos sirve de apoyo para edificar, y si hemos de corregir el edificio del maestro, no es sino porque la erudición aumentada ha puesto en nuestras manos materiales más sólidos y numerosos. En una sociedad humana todas sus partes se relacionan; no puede alterarse ninguna sin introducir en las demás, y como de rechazo, una alteración proporcionada. Las instituciones, las leyes, las costumbres, no están en ella puestas una encima de la otra como en un montón, al acaso ó á capricho, sino unidas entre sí por conveniencia ó necesidad, como en un concierto (1).

Según que la autoridad resida en manos de todos, de muchos ó de uno solo, según admita ó no el príncipe leyes fijas superiores á él, y poderes intermediarios inferiores al mismo todo difiere ó tiene á diferir en un sentido previsto y en cantidad constante; el espíritu público, la educación, la forma del juicio, la naturaleza y grado de las penas, la condición de las mujeres, la institución militar, la naturaleza y cuantía del impuesto. De la gran rueda central depende una multitud de ruedas secundarias. Porque si el reloj marcha es gracias al concierto de sus diversas piezas, de donde se sigue que si el concierto deja de existir, el reloj se descompondrá. Pero, además del resorte principal, hay otros que obrando sobre él ó combinando su unión con

(1) *Espíritu de las leyes*, prefacio. «He examinado primeramente á los hombres, y he creído que en esta infinita variedad de leyes y costumbres no habían sido á ellas llevados tan sólo por capricho. He establecido los principios, y he visto los casos particulares someterse á ellos como por sí mismos, no ser más que sus consecuencias historias de todas las naciones, y cada ley particular unida á otra ley ó depender de otra más general.»

la suya, imprimen á cada reloj una vuelta propia y una marcha particular. Tal es en primer lugar el clima, es decir, el grado de calor ó frío, de sequía y humedad, con sus infinitas consecuencias sobre lo físico y sobre la moral del hombre, y por consiguiente sobre su servidumbre ó libertad políticas, civiles y domésticas. Tal es también la tierra, según su fertilidad, su situación y su extensión.

Tal es el régimen físico, según que el pueblo sea cazador, pescador ó agrícola. Tal la fecundidad de la raza, y, por consiguiente, la multiplicación lenta ó rápida de la población, y también es exceso unas veces de hombres y otras de mujeres. Y tales son, en fin, el carácter nacional y la religión. Todas estas causas, una á otra añadidas, ó una por otra limitadas, contribuyen en conjunto á un efecto total que es la sociedad; sencilla ó complicada, estable ó varia, bárbara ó civilizada, esta sociedad tiene su razón de ser en sí propia. Puede explicarse su estructura, por rara que sea, y sus instituciones, por contradictorias que parezcan. Ni la prosperidad, ni la decadencia, ni el despotismo, ni la libertad, son jugadas de dados hechas por las vicisitudes del azar, ó golpes teatrales improvisados por la arbitrariedad no de un hombre. Ellas tienen condiciones á las cuales podemos sustraernos. De todos modos, nos es útil conocer estas condiciones, ya sea para mejorar nuestro estado, ya para tomarlo en paciencia, sea para realizar las oportunas reformas ó para renunciar á las impracticables, bien para tener la habilidad que conduce al éxito, ó ya para adquirir la prudencia que se obtiene.

IV

Y hemos llegado al centro de las ciencias morales; se trata del hombre en general.

Hemos de hacer la historia natural del alma, y la haremos como las demás, prescindiendo de los prejuicios, sin tener en cuenta sino los hechos, tomando la analogía por guía, empezando por los orígenes, siguiendo paso á paso el desarrollo que de un niño, de un salvaje, de un hombre inculto y primitivo, forma el hombre razonable y culto. Consideremos los comienzos de la vida, al animal en el último grado de la escala, al hombre en el instante que sigue al de su nacimiento. Lo que hallamos, ante todo, en él, es la sensación de una ó de otra especie, grata ó penosa; por consiguiente, una necesidad, tendencia ó deseo, y, por consiguiente, en fin, gracias á un mecanismo fisiológico, movimientos voluntarios ó involuntarios, más ó menos exacta y más ó menos

rápidamente apropiados y coordinados. Y este hecho elemental no es únicamente primitivo, sino también universal é incesante, pues que se le vuelve á encontrar en todos los momentos de todas las existencias, lo mismo en las más complicadas que en las más sencillas. Averigüemos, pues, si es quizá el hilo conque está tejida toda nuestra trama mental, y si el desarrollo espontáneo que une sus mallas tiende á fabricar la red completa de nuestros pensamientos y de nuestras pasiones. Acerca de esta idea, un espíritu, de una precisión y lucidez admirables, Condillac da á casi todos los grandes problemas la resolución que el prejuicio teológico renaciente y la importación de la metafísica alemana debían desacreditar entre nosotros al comenzar el siglo XIX, pero que la observación repetida, la patología mental instituida y las multiplicadas vivisecciones acaban hoy de reanimar, justificar y completar (1).

Ya Locke había dicho que todas nuestras ideas reconocen por primer origen la experiencia interna ó externa. Condillac demuestra, además, que toda percepción, recuerdos, ideas, imaginación, juicio, razonamiento, conocimiento, etc., tiene por *elementos actuales* sensaciones propiamente dichas, ó sensaciones renacientes; nuestras más elevadas ideas no conocen otros materiales, porque se reducen á signos, que son, á su vez, sensaciones de cierto género. Así que las sensaciones son la sustancia de la inteligencia humana, lo mismo que de la animal; si bien la primera es muy superior á la segunda, en que por la creación de los signos llega á aislar, á extraer y observar fracciones de sus sensaciones, es decir, á formar, combinar, y manipular nociones generales. Esto sentado, podemos comprobar todas nuestras ideas, porque podemos rehacerlas y reconstruir con reflexión lo que sin ella teníamos construido. Al principio, no hay ninguna definición abstracta; lo abstracto es ulterior y derivado; lo que es necesario poner al comienzo de cada ciencia, son ejemplos, experimentos, hechos sensibles; de ahí es de donde extraeremos nuestra idea general. De igual manera, de muchas ideas generales del mismo orden, sacaremos otra más general, y así sucesivamente paso á paso, andando siempre según el or-

(1) Pinel, (1791) y Esquirol (1838), sobre las enfermedades mentales.—Procharka, Legallois y luégo Flourens, sobre las vivisecciones.—Hartley y James Mill, al fin del siglo XVIII, siguen en psicología el mismo camino que Condillac; actualmente, toda la psicología contemporánea ha entrado en él. (Wundt, Helmholtz, Fechner, en Alemania; Bain, Stuart Mill, Herbert Spencer y Carpenter, en Inglaterra.)